

encontraron escondidos en las casas, que eran muchos, y junto un árbol grande que llaman zapote, que estaba en medio de la plaza mayor, los hizo ajusticiar: cortaron á unos las narices, á otros las orejas y manos, y un pié, y luego les curaban con aceite hirviendo las heridas: ahorcaron á unos cuantos, y á los que salieron ciegos ó mancos con la presencia del apóstol Santiago, por considerarlos bien castigados, los enviaron á sus tierras, y los restantes hicieron esclavos. Fué tal este castigo, que hasta la presente jamás volvieron á intentar otro asedio contra la ciudad. Esta fué una de las mayores batallas que se vió en la Nueva España, por sus circunstancias prodigiosas; y cierto es, que si se hubiera perdido la funcion y no se hubiera declarado la victoria á favor de nuestras armas, estaban á riesgo los españoles de perder su conquista de la Nueva España, porque siendo el alzamiento tan general de los indios de toda la tierra adentro, no eran capaces los pocos españoles que habia en sus villas y presidios para contener tantos enemigos, tan pujantes y tan engreidos con la rota de la gente del capitan Alvarado sobre el Mixton de Nochiztlan.

El primer cuidado que tuvo el gobernador D. Cristóbal de Oñate despues de esta insigne victoria, fué el dar las debidas gracias al Altísimo

y al apóstol Santiago, y dió parte de ella al señor virey D. Antonio de Mendoza, quien desde el principio de este alzamiento, haciendo el caso que debia hacer de sus peligrosas consecuencias, se disponia á ir en persona á Jalisco para sufocar con tiempo el fuego de la rebellion; pero no pudo tan de luego á luego poner en ejecucion su determinacion, porque tuvo aviso que los indios de Michoacan traian inteligencias con los de Tlaxcala para sublevarse, aunque quedaron estos avisos en meros indicios, y no se averiguó cosa cierta ni se pudo probar lo más mínimo en contra la lealtad de los tarascos y tlaxcaltecas; solamente se llegó á saber que los chichimecas limitrofes del reino de Michoacan, como gente bárbara y mal sujeta al dominio español, se juntaban con los pueblos alzados de Jalisco; y así, para reprimir estos alborotos y no dar lugar á que tomasen cuerpo, abrevió el señor virey sus preparativos de guerra, y verémos cómo el año siguiente fué en persona á la pacificacion de la Galicia, y cómo logró asegurar todas las provincias internas bajo el vasallaje de la Corona de Castilla, fundando ciudades y villas que sirvieron de presidios y baluartes, no solo para sofrenar el humor inquieto de los indios chichimecas, sino para sacar de sus tierras tanta utilidad como hoy logra la gobernacion de la Nueva España, pues las me-

jores tierras, haciendas y agostaderos que disfrutaban los españoles acaudalados de ella, están situadas en las de chichimecas que llaman. También en este año se trató de mudar el sitio de la ciudad, y se pasó al paraje donde está ahora por los inconvenientes que se pulsaron con el ataque y asedio que intentaron los cascanes y demás indios alzados en esta ocasion.

Mayor hubiera sido este alzamiento de los indios si el cacique de Tzapotzingo, D. Francisco Pantecatl, no hubiera contenido á otros muchos caciques comarcanos de Tepic y Compostela que estaban inclinados á la rebelion. Este cacique, sin embargo de los agravios que habia recibido de Nuño de Guzman, como era de un bello natural y conservaba las máximas de nuestra santa religion que le habian enseñado los santos varones apostólicos de la religion de nuestro padre San Francisco, fundadores de la Custodia de Michoacan, á quien reverenciaba sumamente, por estas razones amaba mucho á los españoles, y por verse libre de las extorsiones y daños que le hacian en tiempo de Nuño de Guzman, se huyó de Tepic y se escondió en los montes hasta que supo que Nuño se habia ido de una vez para no volver. Estuvo entónces con sus vasallos viviendo quieto y sosegado, estimado de ellos y guardando buena armonía con los españoles sus vecinos, que

estaban en Compostela de Tepic. Quisieron estos tenerle en Tepic, tal vez temiendo que con el tiempo podia este poderoso cacique mudar de intencion y sublevar los indios comarcanos: instáronle á que viviese con ellos, prometiéndole que no le habian de hacer mal alguno; ántes bien, que le tratarian como á hijo, que hiciese cuenta que allí estaban sus padres y que estaba en su tierra. Estas y otras razones le decian los indios tomatecas de parte de los españoles; pero apenas estuvo un dia ó dos en Tepic, cuando se volvió á su tierra Tzapotzingo, llevando consigo á un español llamado Rodrigo Simon, á quien dió sitio para que fabricase casa, y lo trató muy bien; despues, considerando que con la amistad que tenia con los españoles, podian estos introducirse en sus tierras demasiado y señorearlas, y que si perseveraba en Tzapotzingo le habian de pedir tantas cosas los españoles, que no pudiendo cumplir, lo vendrian al cabo á maltratar y á acabar con los suyos, dijo á sus vasallos que con motivo de estos temores se queria ir otra vez á los montes, encargándoles no dijese donde se habia ido, y que si preguntaban por él, respondiesen que quizás se habia ido con sus amigos los tecuares; y acabando su razonamiento se fué á los cerros, y no pareció en un año, hasta que por este de 1541 llegaron al valle de Castlan unos cuantos españoles envia-

dos por orden de D. Cristóbal de Oñate para defender esta tierra, que es donde se fundó Compostela, contra las incursiones de los indios alzados. Todavía en el alzamiento general del Mixton, Tequila, Ayagualulco, Etzatlan, Aguacatlan y Tempuzhuacan contra los españoles, estaba el dicho D. Francisco metido en los montes y habia ido á quererlo seducir el cacique de Cuitlapilco, llamado *Colitl*, aconsejándole que se dejase de la amistad de los españoles y entrase en la confederacion de casi todos los caciques de la Nueva Galicia, para echar de ella á todos los españoles, persuadiéndole que les seria fácil á uno y á otro, con sus respectivos vasallos bien combinados, dar guerra y destruir á los españoles de Compostela, que estaban de presidio en el valle de Castlan; y para más moverle, le dijo: que decia su Dios que habia de abrir la tierra despidiendo por sus aberturas un aire tan pestífero, que habia de matar á cuantos españoles les diese su tufo; pero D. Francisco Pantecatl no hizo caso de sus consejos ni de su profecia, porque sabia muy bien que se engañaba el cacique de Cuitlapilco, segun lo que habia oído decir á sus antepasados, conforme queda referido en la relacion que nos dejó y extendí en el capitulo.... con que por más que procuró el cacique Colitl atraer á D. Francisco Pantecatl en su conspiracion y malos inten-

tos, no pudo, ni á los indios de Tepic; al contrario, se empeñó Pantecatl en asegurarlos en el partido de los españoles, y fué con sus vasallos á ayudar á los nuestros para contener el alzamiento de Aguacatlan; y despues, juntándose otra vez con la tropa española, fué á hacer la guerra al cacique Carinea, de Etzatlan, y se volvió á su tierra triunfante, muy amado y respetado de sus vasallos, que asentó de vuelta de esta expedicion en sus respectivos pueblos, porque con su ausencia andaban desparramados. Quien lo movió á esto fué el capitan Villalva, que habia ido á Tepic en lugar de D. Cristóbal de Oñate, lastimado de ver á este buen cacique recogido en los montes, sin atreverse á tratar con nadie, temeroso de que le maltratasen á él y á los suyos, porque este cacique era uno de los más poderosos de aquella tierra, pues tenia porcion competente de vasallos establecidos en buenos pueblos como eran los de Acualactempa, Mecatlan, Quetzotitlan, Metatlitlan, Cacaguatlan, Tecomatlan, Xalxocotlan, Tepeguacan, Tecpatitlan, Tzayagueca, Nohotlan, Tzapotzingo y los Tecuares, que todos lo reconocian por señor y le pagaban tributo; y así le consoló y persuadió Villalva á que depusiese sus temores, asegurándole que le habia de tener bajo su proteccion, y no le encargó otra cosa sino que mantuviese sus vasallos en la amistad de los

españoles, ocupándolos en cultivar árboles de sus cacao, que se daban buenos y en gran cantidad en sus Estados, los limpiasen, principalmente los del cacahuatal, y que plantasen otros en ciertos parajes que le señaló: así lo hizo Pantecatí, llevando un español inteligente que le dió el capitán Villalva, que puso de su mayordomo, y comenzó á poner en orden los árboles de cacao, mayormente en la Quebrada, de que resultó una especie de comercio ventajoso para los españoles de Castlan ó Compostela.

Desde entónces vivió gustoso D. Francisco Pantecatí con sus vasallos, moviéndoles con su ejemplo á conservar la fidelidad que habian prometido á la Corona de Castilla, y practicar los buenos consejos que les daban los santos religiosos franciscanos, que no cesaban de instruirles en las máximas saludables de nuestra santa fe católica. En estos tiempos tan revueltos y calamitosos era cuando con más fervor trataban los religiosos de la Custodia de Michoacan de cumplir su apostólico oficio entre los naturales de aquellas provincias de tierra caliente y costa de la mar del Sur, del distrito de la provincia de Jalisco. Se valian estos celosos operarios de las lindas disposiciones de este cacique para mantenerlos en la fe y hacerles gustar de los beneficios de la paz, persuadiéndole cuánto desagradaba á

Dios y al rey de las Españas las turbulencias de sus compañeros y caciques circunvecinos, quienes sin duda habian de ser castigados visiblemente de la mano de Dios. Lo que más los persuadia, era el tenor de su vida tan santa y ajustada, y más que ninguno, D. Francisco Pantecatí hacia el debido concepto de su gran santidad, por la grande experiencia que tenia de sus insignes virtudes en el trato y comunicacion frecuente con ellos, y decia admirado de las maravillas que obraban «verdaderamente: que estos padres en lo que hacen y nos dicen, nos aseguran de todo lo que nuestros padres y abuelos nos contaban; nos enseñan la misma doctrina que nos enseñaban, que hay un solo Dios verdadero, Criador de todo lo visible, que tuvo Madre en la tierra, de quien nació, y está en los cielos; asimismo, que como hay infierno para castigo de los malos, hay tambien paraíso y gloria para premio de los buenos. Esto es lo propio que nos decia un viejo llamado Torotzacame, quien contaba que habia estado en el cielo, donde vió el gozo que tenian los bienaventurados, y tambien en el infierno, y vió los tormentos que afligian á los condenados. «Se debe discurrir de esta vision extraordinaria que nos refiere Pantecatí en su relacion, lo mismo que tengo apuntado hablando de los oráculos que precedieron á la venida de los españoles á la Nueva España y

reino de Michoacan, esto es, que seria por permission particular de Dios, á fin de que estos gentiles recibiesen de buena gana la predicacion evangélica, como lo comprueba la conducta del cacique Pantecatl, que viendo verificadas aquellas mismas cosas que habia oído contar á sus mayores, y que las predicaban los misioneros evangélicos, los tenían siempre en suma veneracion él y sus vasallos, y se reducian gustosos á la práctica de las leyes del cristianismo, no obstante la vejacion y malos tratamientos que les hacian los primeros españoles que los subyugaron. Añadiase á esta buena disposicion de sus ánimos, el ver á los religiosos tan desinteresados, tan pobres, mansos y humildes, y sobre todo, tan compasivos, que miraban por ellos, y en tal grado, que si no hubiera sido por su mediacion y cuidado, mayores trabajos hubieran padecido los infelices indios, y tal vez no hubiera quedado ninguno. Como la relacion de este cacique trae varias cosas, y bien singulares, que tienen conexion con la materia que estoy tratando, la he extendido y referido en sus propios lugares, y aqui termina con esta expresion: « Que él ni los suyos supieron si este viejo que les decia todas estas cosas, era algún hechicero ó alguna persona bajada del cielo, porque reprendiéndoles muchas acciones que ejecutaban y no tenían por malas, como son, quitar la mujer

del prójimo, la hechicería y otras cosas semejantes á estas, les desengañaba y advertia que ya estaba cansado de enseñarles cosas tan importantes, viendo tan poco aprovechamiento; y animando á los que le creían, les decia: « Hijos « míos, ya me quiero ir y dejaros, pues hace ya « mucho tiempo que estoy entre vosotros, por- « que aquel Señor que está en los cielos me llama: consolaos mucho, y estad ciertos que las « cosas han de suceder de otro modo que hasta « aquí, pues han venido los que han de señorear « y han de dominar en vuestras tierras. » Mientras estuvo en los Estados del Cacique Pantecatl, esta era su continua plática, que lo tenía en la expectativa de los sucesos que vaticinaba; y como los vió el Cacique Don Francisco cumplidos en todo lo que les predicaban los padres primitivos que trataban de la conversion de sus vasallos en Tepic y Compostela, no sabia qué hacer para manifestar el amor que tenía á los españoles, y por esta razon, como se ha dicho, contribuyó por su parte á apagar el fuego de este alzamiento general de la Galicia.

Esto pasaba en Jalisco, y al mismo tiempo proveía la Custodia de Michoacan con religiosos ejemplarísimos y celosos del bien de las almas, los conventos de las inmediaciones de aquellas tierras, y en este año fué destinado para Zapo-

tlán el padre fray Heraldo Pascasio, quien trabajó muchísimo en aquella conversión, portándose como digno sucesor de los padres Fr. Juan Padilla y Fr. Miguel de Bolonia, que habían desmontado la maleza de la idolatría y perversas costumbres de los naturales de aquellos territorios, y acabó de destruir las reliquias que habían quedado de la gentilidad, gobernando é instruyendo en la doctrina evangélica el mucho gentío que había en aquella Provincia. Este santo varón con sus compañeros consiguió, en este presente año, que se casasen en Zapotlán los principales y Caciques de las provincias de Tonalá y Zapotitlán, y fué la primera vez que se administró en aquellas provincias el santo sacramento del matrimonio, no habiéndose podido efectuar ántes, sin embargo que trabajaron infinito los religiosos para mover los indios á que se casasen conforme al rito de los cristianos, por la poca instrucción que hallaban en ellos, siendo casi invencible la dificultad que tenían en dejar las muchas mujeres con que cohabitaban y los muchos hijos que en ellas tenían. Con el ejemplo de los Caciques, á quienes obedecían ciegamente estos naturales, todos se decidieron á abandonar la poligamia, y aunque con repugnancia se conformaron con la práctica de los cristianos en sus matrimonios.

Hemos apuntado en el capítulo VI cómo salió el venerable P. Fr. Juan de Padilla del convento de Zapotlán para trabajar en la conquista espiritual de los indios gentiles que se hallasen en la tierra de Tzibola, cuyo descubrimiento intentaba el capitán Vázquez Coronado; y por este tiempo, habiéndole sucedido en la guardiana de Zapotlán el venerable P. Fr. Juan de la Cruz, se retiró al convento de Tuxpan para ocurrir más cómodamente á la conversión de los naturales que vivían dispersos en la cercanías de este pueblo. Este bendito padre era francés de nación, hijo de la santa Provincia de Aquitania la antigua, y había traído en su compañía á un religioso lego, hijo de la Provincia de Santiago, italiano de nación, llamado fray Daniel, el cual, según lo que refiere nuestro Torquemada, viviendo en el mencionado pueblo, tuvo revelación de la muerte del santo fray Francisco Jiménez, uno de los doce apóstoles primeros de esta Nueva España, porque el mismo día que murió dijo al padre Cruz, en cuya compañía estaba: « Ha sido Dios servido « de llevarse hoy para sí al padre fray Francisco « Jiménez á fin de premiarle en su gloria lo mucho que ha trabajado en el bien de las almas « de estos pobrecitos indios. » Tenía este bendito lego concertado hermandad espiritual con el citado padre Jiménez, como lo practican muchos

religiosos, y así mutuamente se encomendaban á Dios; y tuvo esta revelacion sin duda para que se alentase á conquistar muchas almas para el cielo, en vista del premio que obtuvo de Dios su santo amigo y compañero. Proseguian ambos padres en su tarea apostólica, instruyendo incessantemente en la doctrina cristiana á los indios de toda la comarca del pueblo de Tuxpan, donde tenian su residencia; y cuando, en este presente año, quiso molestar á estos operarios regulares un clérigo, llamado Anton de Ayala, pretendiendo quedarse en el pueblo de Tuxpan en calidad de cura y hacer retirar á los religiosos, pero en mala ocasion, porque el licenciado Lorenzo Lebron de Quiñones (que entendia en su comision de visitador general) determinó que este eclesiástico intruso se fuese del pueblo, y dejó la administracion de la feligresia de Tuxpan y su jurisdiccion, que señaló, á cargo del V. P. Fr. Juan de la Cruz, y por consiguiente á la Custodia seráfica de Michoacan y Jalisco. Era muy amado de los indios este santo varon por la dulzura de su trato; y, como diremos más de propósito en tratando de su vida prodigiosa, los indios tenian á este venerable padre en gran veneracion, oyendo cualquiera cosa que decia como si fuera un oráculo del cielo, y con estas prendas y dotado de excelentes virtudes, á más de ser re-

ligioso cabal, fué causa de que infinitos indios abrazasen con firmeza la fe de Jesucristo. Volverémos ahora á tratar de los sucesos del descubrimiento de Tzibola y del paradero que tuvo Vázquez Coronado hasta su vuelta á Guadalajara, porque en este tiempo, desde 1539 hasta fines de 41, pasaron cosas memorables que no puedo pasar en silencio, en que tuvieron tanta parte los religiosos primivos de esta Custodia de Michoacan, y servirán de materia á los capitulos siguientes, como tambien de conclusion á los acaecimientos del año de 1541.